

DISCURSO
DEL
ILUSTRISIMO SEÑOR
ARZOBISPO DE MÉXICO

—•—
1885.



ELIGIOSA.—C. M. TRIGUEROS Y HERMANO,
Espalda de la Concepcion.

BX374

23

D5

1885

e.1

761

EX874

.L3

D5

1885

cl

004761



1080026605

DISCURSO

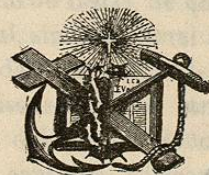
DEL

ILUSTRISIMO SEÑOR

ARZOBISPO DE MÉXICO

—*—

1885.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
En la Plaza Valverde y Tellez

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

IMPRESA RELIGIOSA.—C. M. TRIGUEROS Y HERMANO,
Espejalda de la Concepcion.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

41932

BX874

L3
DS
1885

ILUSTRISIMO SEÑOR
ARZOBISPO DE MEXICO

1885



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

con el Sr. Arzobispo...
Hoy me presenta a mi espíritu una profecía...
Por lo que me es una instrucción...
Por lo que me es una instrucción...
Por lo que me es una instrucción...

BREVE discurso, con que el Ilmo. Sr. Arzobispo de México, Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, terminó la distribución de premios del Colegio Clerical Josefino el día 19 de Julio de 1885.

Cuanto me escuchan saben muy bien que antes de volver Nuestro Señor Jesucristo al seno de su Padre prometió á sus apóstoles y discípulos estar con ellos hasta la consumacion de los siglos. Mas en esa promesa ¡oh jóvenes! están invitadas dos perpetuidades, la de la Iglesia y la del clero. Así se cumple por una parte el vaticinio de Isaías, de que jamas seria destruido el reino, no temporal, sino espiritual de David, continuado por el Mesías, su verdadero descendiente y gran sacerdote, segun el orden de Melquisedech; y por otra la prediccion de Jeremías que vió siempre delante del Señor sacerdotes y levitas que le presentaban de continuo holocaustos de propiciacion. ¡Doble y maravilloso cumplimiento! Aaron y Leví eran la figura de la Iglesia Cristiana; y esta, fundada por el Hijo de Dios, es la realidad que ha existido y existe despues de diez y nueve siglos y existirá hasta el fin del mundo. Mas con ella ha existido tambien y existe y existirá hasta el último dia de los tiempos, el cuerpo de sacerdotes y levitas, mas numeroso que las estrellas del cielo y que las arenas de la mar, destinados á ofre-

004761

cer al Sér Supremo, no ya animales, toros, ni cabritos, sino la Hostia pura, la Hostia santa, la Hostia inmaculada, víctima de propiciacion, y la única agradable á los divinos ojos y capaz de aplacar la cólera del Padre.

Pero, en medio de una instruccion tan saludable y consoladora, se presenta á mi espíritu otra profundamente triste y terriblemente desgarradora. La conservacion de la Iglesia hasta el fin del mundo es de fe, y consiguientemente lo es tambien la del clero; no así la conservacion de aquella y de este en cada país, como nos lo enseña la historia y la experiencia. Basta dirigir una mirada á las naciones del Oriente, cuyas iglesias florecieron de un modo prodigioso en los primeros siglos del cristianismo, y cuyo estado actual nos confunde y espanta por la degradacion, la ignorancia, la estupidez y la barbárie en que están envueltas, ó como sumergidas. En vano buscamos allí aquellas lumbreras, aquellos oráculos de la Religion; tantos Padres de la Iglesia; tantos doctores, verdaderos portentos de sabiduría; tantos Obispos, Pastores celosísimos de las almas; tantos Ministros, activísimos promovedores del culto divino; tantos cenobitas y anacoretas, que solo vivian para adorar y glorificar á Dios en los claustros y en los desiertos.

Si de allá convertimos nuestros ojos á lo que ha pasado y pasa entre nosotros, oprímese el corazón con el espectáculo que presenta nuestra pobre Iglesia. ¿Dónde están aquellas comunidades religiosas de uno y otro sexo,—fundadas desde el primer siglo despues de la conquista,—que llegaron á tener un número casi incontestable de varones ilustres por su ciencia y venerables por su santidad? ¿Dónde está aquella milicia de sacerdotes y levitas, en que se alistaban todos los dias, los miembros de las familias mas distinguidas por sus antecedentes, su fortuna é influencia social? ¿Dónde aquellos lugares de refugio, en que la caridad y el buen ejemplo perfeccionaban la conver-

sion de los extraviados, comenzada á impulsos de los remordimientos y de los desengaños? ¿Dónde aquellas asociaciones de misioneros que con la trompeta de Ezequiel, ó la potente voz del Apóstol, hacian temblar á los humildes moradores de los campos y de las aldeas, no menos que á los soberbios habitantes de las ciudades populosas? ¿Dónde aquellas congregaciones de las Hijas de la Caridad que iban por todas partes á buscar y aliviar á los enfermos en sus dolencias? ¿Dónde aquellos centros de civilizacion, aquellos seminarios, aquellas universidades, aquellos colegios, aquellas escuelas, donde á la esmerada educacion científica y civil se unia la formacion del corazón de la niñez y de la juventud, con la práctica frecuente de una piedad mas ó menos ilustrada, y el ejercicio asiduo de todas las virtudes?

En vez de tantos elementos para el bien, solo hallamos en todas partes la irreligion, la impiedad, el ateismo, el indiferentismo por un lado; la depravacion de las costumbres, la diatriba, la maledicencia y la infame calumnia por otro; llegando á tal punto, el descaro que se está cumpliendo, en nuestra infeliz época al pié de la letra, el dicho de San Agustin: "Es tan grande la multitud de los que pecan, que casi se ha quitado ya la vergüenza de pecar."

¿Qué hacer en estas circunstancias? ¿Cuál es nuestra mision? ¿Cuál es la vuestra, jóvenes que me escuchais? ¿Cuáles son vuestros deberes y cuáles los recursos con que contais para atajar los grandes males de la Iglesia y llenar así plenamente vuestra vocacion?

No en vano se os dice á cada paso que pertenecis á la milicia eclesiástica. Mas si la vida del hombre en general, es una guerra continua; porque tiene que combatir con los enemigos interiores, esto es, con sus propias pasiones, con la rebeldia de la carne, con los deseos de la ambicion y de la avaricia, con los

impulsos de la soberbia, etc., etc.; si tiene que resistir á los enemigos exteriores, es decir, al ángel de las tinieblas, al mundo corruptor y corrompido, á la adversa fortuna, á las malas artes de los envidiosos y aun al furor de los elementos, conjurados contra él, ¿qué diremos del eclesiástico, del ministro de la Religion á quien desde los primeros pasos se abre delante de sus ojos un campo vastísimo, en que la lucha se compromete á cada instante, en que se necesita de suma vigilancia y de esfuerzos supremos á fin de alcanzar para sí y para sus prójimos el cielo, que solo se obtiene á título de conquista? La última de las desgracias seria la de desesperarse, por considerar imposible la victoria, y reducirse á gemir sobre las ruinas de la ingrata Jerusalem, dejándose abatir por el peso de la empresa, desarmar por una falsa política, ó intimidar por una prudencia parecida al miedo.

Una feliz experiencia, tened fe en mis palabras, ¡oh jóvense que me escucháis! una feliz experiencia, repito, me persuade que mientras existan algunas regiones, á donde no ha penetrado la luz del Evangelio, y cuyos habitantes están sentados todavía en las tinieblas y sombras de la muerte: que mientras no se dé la gloria á Dios en toda la redondez de la tierra, desde el Oriente hasta el Occidente en la expresion del Salmista: que mientras haya almas que salvar, el misionero josefino, el sacerdote, el soldado de la Religion deberá estar siempre con las armas en la mano para defender y salvar los intereses, los tesoros que se le han confiado, adquiridos no con dinero, sino con el infinito precio de la sangre de nuestro Señor Jesucristo.

Y ¿cuáles son esas armas? Las mismas de que se valieron los apóstoles para extender el nombre del Crucificado hasta las extremidades de la tierra, y convertir en católico un mundo pagano. ¿Cuáles son esas armas, vuelvo á preguntar? Tres en mi humilde juicio, *Scutum fidei, clipeum charitatis et*

gladium verbi. El escudo de la fe, el de la caridad y la espada de la divina palabra. La fe es un escudo impenetrable á los tiros del enemigo; es la verdad siempre antigua y siempre nueva; constantemente la misma que nada puede alterarla; el cielo y la tierra pasarán antes que ver destruido el menor de sus artículos; fácil de cultivarse y de enraizar en el espíritu del hombre, es sin embargo semejante á un licor precioso, encerrado en un vaso frágil, que se evapora por la mas pequeña abertura, se escapa y se pierde, sin que sea fácil recobrarla: no admite, ni la mas ligera variacion, ni tolera la menor duda; cualquiera vacilacion sobre sus artículos fundamentales hiere mortalmente esa virtud, que resiste toda division. Algunos puntos de poca ó ninguna importancia al parecer, indiferentes á primera vista, y sin notables ó perceptibles consecuencias, han dado principio á todas las heregias. Lutero inicia el protestantismo, atacando el abuso de las Indulgencias: el Arrianismo y el Nestorianismo rolan sobre una palabra: la distincion del hecho y del derecho dá forma al Jansenismo; la misma distincion origina á otros mil errores sobre la Eucaristía, sobre la presencia real de Jesucristo Sacramentado. En materia de fe, mas que en otras materias, las cosas pequeñas producen los resultados mas grandes y los errores mas crasos. Todas las verdades de la Religion están ligadas entre sí con vínculos indisolubles, y se sostienen fuertemente las unas por las otras. Negar una verdad ó rehusarla es arrancar una piedra de este edificio compacto y armonioso, equivale á echarlo por tierra, sobre todo si se sacude el yugo de la autoridad, que es la clave y el fundamento sobre el cual Dios ha construido la grande obra de su Iglesia. Todos los fieles sin excepcion, deben estar sometidos á ella; conservar la mas perfecta union con sus Pastores, y éstos y aquellos con el centro de la Unidad, con el Jefe Supremo, con la cabeza visible. Sí, unánimes en sentimien-

tos, uniformes en el culto y en las preces, conformes en la disciplina y sumisos bajo su gobierno paternal, debemos tener, como dice San Pablo á los Romanos, un solo corazón, una sola alma, un solo cuerpo y una misma boca.

Si así lo hacemos, la Jerarquía eclesiástica, el Clero, la Congregación de los fieles, unidos en Cristo y al Papa su Vicario, será semejante á un ejército ordenado en batalla, cuyas legiones, obrando de concierto en sus evoluciones y movimientos comunes, se defenderán recíprocamente y alcanzarán al fin la mas espléndida victoria sobre todos sus adversarios. Pero, si entre sus miembros reina la división, la derrota será inevitable; porque toda división franquea natural é indefectiblemente una brecha al enemigo, por la cual penetrará hasta el centro. La verdad infalible,—Jesucristo,— nos lo ha dicho, “todo reino dividido será desolado. *Regnum divisum desolabitur*. Siempre unidos, no os dejéis intimidar, ¡oh jóvenes! por las dificultades de la época. Lejos, muy lejos de vosotros el seguir la conducta de Jonás; al contrario, entrad con ardor, como el Profeta Jeremías en el campo que os está abierto. Destinados á arrancar y plantar, á destruir y edificar, no os aterrorice, ni la conmoción de las montañas, ni el estremecimiento de los valles; pensad con calma, reflexionad con serenidad, marchad con paso firme y estad seguros; porque el tabernáculo del Señor es inquebrantable, el edificio de su Iglesia jamas será destruido: no prevalecerán contra ella las puertas infernales. Los vínculos que la unen jamas se romperán. ¿Cuáles son? Los de la caridad, en cuya virtud como lo profetizó Isaías, el lobo habitará con el cordero; el tigre con el cabrito; el león con el becerro. Tal es la segunda arma de que debemos valernos en las batallas del Señor, la caridad, la sublime caridad.

Ya otra vez os lo he dicho. El divino Maestro dejó en su Iglesia dos tesoros, el de la fe y el de la caridad. Aquella, lo

mismo que su Fundador, debe ser intransigente; cuando se trata de la fe, es y debe ser intolerante en la defensa de la verdad y al atacar el error. No así con respecto á los sectarios de éste, que deben ser vistos con bondad, con caridad. Entendedlo bien, mis caros hijos, debemos amar con predilección á los que profesan la verdad y la siguen y la propagan; mas á los que se apartan de ella, la desconocen y la persiguen debemos respetarlos, considerarlos, compadecerlos y procurar atraerlos al buen camino con nuestras palabras, nuestros hechos, nuestros beneficios y nuestras peticiones al Señor, que es el único que tiene en sus manos los corazones y puede cambiarlos. Será, pues, muy opuesto al espíritu y aun á la letra del Evangelio el sarcasmo, los dieterios, las palabras picantes, en suma, un estilo virulento que solo sirve, dígase lo que se quiera, para lastimar la susceptibilidad de nuestros prójimos, herir su delicadeza, irritar su cólera y excitar ó provocar á la venganza. Si semejante conducta desdice en un católico, qué sucederá tratándose de un clérigo, cuya dulzura y mansedumbre deben ser semejantes á las de nuestro Señor Jesucristo, cuya caridad fué tanta, que perdonó á sus mas encarnizados enemigos, y pidió gracia y perdón á su Eterno Padre, por los mismos que le crucificaron?

Hay mas todavía; si es reprehensible esa conducta de un católico ó de un clérigo para con un particular, qué calificación merecerán si la observan para con el superior, para con el gobernante, de cualquiera orden que sea? Bien puede calcularse, teniendo presente la enseñanza de la Iglesia, que apoyada en la doctrina de San Pablo, sostiene que toda autoridad viene de Dios, y que los que la ejercen merecen todo respeto, aun cuando sean injustos, idólatras y herejes; porque no es su injusticia ó malignidad la que se respeta, como lo advierte el Padre Scio, uno de los mejores comentadores de la Biblia, sino

la autoridad que en ellos reside como ministros de Dios. Faltarán, pues, á su religion el súbdito que no respete á la autoridad eclesiástica, civil ó política. Si se exceden todas las legislaciones, han previsto el caso y prevenido el remedio.

De intento he dejado para lo último la tercera arma de que debemos valernos para llenar la mision que el cielo nos ha dado. ¿Cuál es? La espada de la divina palabra. Bien se inculca en las santas Escrituras que los lábios del sacerdote son los custodios de la ley, ó lo que es lo mismo, que deben guardar la ciencia. Mas antes de este precioso don hay que poseer el inestimable de todas las virtudes. La fe presupone la humildad, la obediencia, la sumision; así como la caridad es inseparable de todas esas virtudes y de otras mas, como la mansedumbre, la benevolencia, el celo, la conmiseracion, y tantas otras que con la fe y sus correlativas, forman su augusto y magnífico pedestal. En suma, si el sacerdote es verdaderamente virtuoso hará prodigios de valor, de celo, de beneficencia, de generosidad, de fortaleza, de justicia, y bajo su mano reverdecerá, florecerá y fructificará el campo del Señor, que es su Iglesia. El culto divino, la magestad de la Religion, la pureza de la piedad, sus prácticas edificantes resplandecerán, en todo su brillo, y las almas que se le confiaren, redimidas con la preciosísima sangre, serán salvas.

Si al conjunto de esas virtudes se unen las ciencias, primero las necesarias; en segundo lugar las útiles; y en tercer lugar, las de puro adorno; ¡oh! entonces el sacerdote será uu atleta invencible, que valdrá por un ejército ordenado en batalla; será semejante á un muro de bronce inexpugnable; ó á una torre, en que están pendientes mil escudos; en fin, á un oráculo que con su palabra todo lo ilustra, todo lo dirige, todo lo resuelve, á todo atiende; disipa la ignorancia, contesta las dudas, pulveriza el error, confunde la impiedad, y dá vida al indiferentis-

mo, que es la muerte del alma. Las potestades de la tierra, aun cuando estén coligadas con las infernales, lo verán con respeto, ó le sacarán el cuerpo, y cuando se le pongan frente á frente quedarán vencidas.

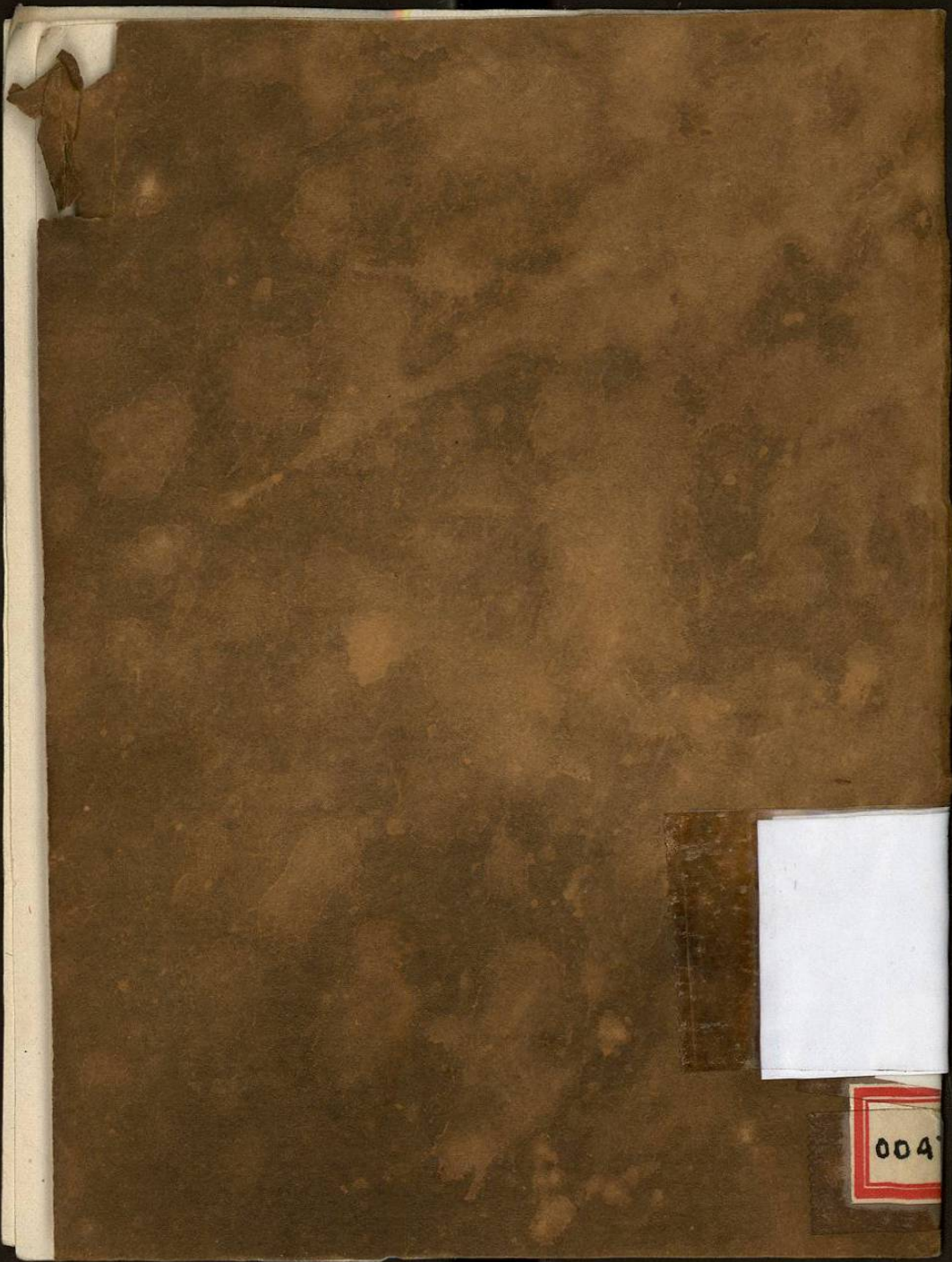
Si, mis caros hijos, los enemigos caerán uno despues de otro á derecha y á izquierda. La Iglesia sobrevivirá á todos. Es la columna, el fundamento indestructible de la verdad. Ella existe por la unidad de la fe, por los vínculos de la caridad, por la virtud de la palabra, que jamas será encadenada. Ella es santa; porque es la depositaria de las reglas de la sana moral, de los medios de santificacion y de las recompensas del mérito genuino, de la sólida virtud. Por esto solo Ella tiene el secreto de formar verdaderos santos, y santos sacerdotes.

¡Qué gloria para Dios! ¡Qué gloria para su Iglesia! ¡Qué gloria para vosotros! Si muchos de los jóvenes levitas, educados en este plantel, aparecerán en el dia del Señor, con sus palmas y sus coronas; entonando el cántico de la victoria, por no haber perdido la confianza en Aquel que aplaca las tempestades, que manda los vientos, apacigua las olas, salva los escollos y lleva á buen puerto la navecilla de Pedro. ¡Qué mérito tan grande el de todos aquellos que esperen con paciencia el auxilio del Señor, apesar del sueño en que reposa, del abandono en que parece nos ha dejado, de la indiferencia aparente con que oye nuestras súplicas, y de la tardanza, con que á nuestro juicio, las atiende! ¡Qué galardón tan grande el que Dios ha reservado á los que conservan intacto el depósito de la fe; sin lesion el escudo de la caridad y limpia y brillante la espada de la divina palabra!

No lo dudeis ¡oh jóvenes! El Salvador os dice de continuo, como á los apóstoles: "Hombres de poca fe, no temais; Yo estoy siempre con vosotros. Mi luz disipa las tinieblas de la ignorancia; mi poder encadena los vientos del cisma y de la he-

regía; mi bondad os colma de gracias, hace reinar la tranquilidad, y no muy tarde, os hará gustar de las dulzuras de la paz. Mi sabiduría ilustra, dirige y santifica; y mi palabra todo lo cria, lo conserva y lo perfecciona. Guiados así ¡oh jóvenes! protegidos y santificados por Dios, recibireis despues de los trabajos, de los combates y de las vigiliass, el premio que su Divina Majestad tiene preparado á todos sus escogidos desde antes de la constitucion del mundo. ¡Que el cielo, hijos mios, oiga benigno los votos de vuestro atribulado Pastor!

DICE.



004